

Los murales de San Ildefonso, una mirada digital

La oniromante

¿Los medios digitales constituyen una aportación que enriquece la experiencia estética ante la obra de arte percibida o son un obstáculo que impide el empleo de todos nuestros sentidos en el momento de acercarnos a ella?

En el presente ensayo, pretendo dar respuesta a esta pregunta a partir de una visita virtual a San Ildefonso. Las obras de arte a analizar son los murales que resguarda este hermoso edificio, ubicado en el centro histórico de la Ciudad de México, con obras de José Clemente Orozco, David Alfaro Siqueiros y Diego Rivera, los tres grandes muralistas de México.

Para comenzar, explicaré brevemente qué es el muralismo como movimiento político-social y como corriente artística, mostrando un panorama general de estos aspectos y posteriormente, llevaré a cabo una reflexión y análisis críticos sobre mi experiencia como espectador presencial y virtual frente a la obra mural, estableciendo las diferencias de la experiencia estética que obtuve en los diferentes ámbitos.

Introducción

El muralismo surgió en México a raíz del acontecimiento más importante que marcó la historia de la segunda década del siglo XX: la Revolución Mexicana. Tal suceso tuvo tal trascendencia que no sólo se limitó al nacionalismo sino que se convirtió en un movimiento universal; por esta razón, el muralismo, al mismo tiempo que es considerado como una corriente artística, se relaciona con un movimiento político y social renovador, profundo y genuino que no se limita a México ya que, desde el siglo XVIII varios artistas de otras partes del mundo intentaron desarrollar este estilo, tal es el caso de las pinturas de Goya en la capilla de San Antonio de la Florida en las afueras de Madrid. Acerca de esto, Justino Fernández dice que “La pintura mural aparece en la historia en épocas de

grandes cambios y conmociones del espíritu, cuando hay algo nuevo y profundo que expresar, como en el Renacimiento; más tarde, en el Neoclasicismo, hubo un brote brillante y pasajero. Así, puede decirse que cuando apareció la pintura mural mexicana en 1922 hacía mucho que ese género estaba bien muerto“.¹

A partir de lo anterior y haciendo referencia a lo que Justino Fernández nos dice, México contaba con los elementos precisos para comenzar con este movimiento artístico, político y social: libertad, nuevos ideales y el surgimiento de nuevos artistas que retomaron elementos de la pintura renacentista y técnicas antiguas como el fresco² y la encáustica;³ mejorándolas para asegurar la conservación de las obras que se llevarían a cabo en espacios abiertos expuestos a las variaciones del clima y el desgaste que genera el paso del tiempo.

Así, el Antiguo Colegio de San Ildefonso albergando las obras de José Clemente Orozco, Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros, Jean Charlot, Fernando Leal, Fermín Revueltas, Ramón Alva de la Canal y Manuel Cachero, se constituye como una de las edificaciones más representativas de esta época histórica.

A través de la información que reuní a partir de mi visita virtual y presencial a San Ildefonso, a manera de introducción y con el fin de fundamentar mi crítica de una manera profunda me parece importante introducirme en los datos biográficos de algunos de los artistas, dando un contexto general de los motivos, ideologías y técnicas representativas que distinguieron a los creadores de los murales que adornan este hermoso edificio: José Clemente Orozco nació en Zapotlán, Jalisco, el 23 de noviembre de 1883 y falleció el 7 de septiembre de 1949 en la Ciudad de México. Por recomendación del poeta y crítico de arte José Juan Tablada, fue que José Vasconcelos, ministro de Educación, le invitó a colaborar en la pintura mural

¹ Fernández, Justino. *Arte mexicano. De sus orígenes a nuestros días*. Porrúa. México, 1958. pp. 141-143.

² Un fresco es una pintura realizada sobre una superficie cubierta con dos capas de mortero de cal.

³ Es una técnica de pintura que se caracteriza por el uso de la cera caliente como aglutinante de los pigmentos, empleada para asegurar una mejor conservación de la obra.

del Colegio. Las obras de Orozco son las que predominan en las paredes de San Ildefonso, prácticamente los tres niveles del edificio y los dos cubos de escaleras fueron pintados por él. Al observar sus murales, pude percatarme de que muchas de sus obras, como por ejemplo *El banquete de los ricos*, *Los aristócratas*, *Tributo a la Iglesia* o *La ley y la justicia*, entre otras, son una fuerte crítica social mediante un enorme sarcasmo. Son de un realismo muy crudo y nos muestra el lado oscuro de la Iglesia, la burguesía, el gobierno, así como de otros aspectos que han marcado el contexto histórico de nuestro país.

Otro de los muralistas es David Alfaro Siqueiros quien nació en la Ciudad de México el 29 de diciembre de 1896 y falleció en Cuernavaca el 6 de enero de 1974. Fue invitado directamente por Vasconcelos para participar en la decoración del Colegio. De esta forma pintó en sus murales de la Preparatoria una referencia directa a la situación política que vivía el país en aquel momento, así como una propuesta que resulta ser la contraparte plástica en las formas esenciales del arte prehispánico, para generar un arte propio de México y del continente americano. También fue quien introdujo nuevas técnicas y materiales como, por ejemplo, el uso de pintura de automóviles (piroxilina) como pigmento y cemento coloreado con pistola de aire, técnicas características del muralismo en México.

Diego Rivera nació en Guanajuato el 8 de diciembre de 1886 y murió en la Ciudad de México el 24 de noviembre de 1957. Vasconcelos deseaba que Rivera contribuyera con sus murales para crear un ambiente intelectual propicio para los fines del anfiteatro, así como plasmar en *La creación* –primer mural de la Preparatoria en el Anfiteatro Simón Bolívar- varios significados, como el origen del hombre, su camino hacia la divinidad mediante la práctica de las virtudes y el desarrollo de su espíritu a través del arte.

La verdadera crítica de arte es la que se funda en el criterio imparcial y la sensibilidad estética, desarrollada al máximo en quien la hace.

Diego Rivera

Hace unas semanas, por casualidad, me encontré con la convocatoria para participar en el concurso interpreparatoriano de la asignatura de Estética, me llamó la atención y comencé a leerla. Me sorprendió mucho encontrarme con que el Colegio de San Ildefonso contaba con una visita virtual, así es que copié la dirección electrónica y llegando a mi casa me metí al sitio web. Al principio, el propósito de mi búsqueda no iba mas allá de la curiosidad y el ocio, sin embargo, al recorrer San Ildefonso virtualmente me vinieron a la mente muchas ideas acerca de la época de la digitalización en la cual vivimos y, en mi caso, nacimos. Tomé la decisión de inscribirme al concurso para, de esta forma, poder plasmar de forma escrita todo lo que pensé en aquel momento y hacerlo extensivo a mas gente.

Como mencioné en el párrafo anterior, vivimos en una época en donde la digitalización y el mundo virtual van ganando terreno ante el mundo real, el mundo tangible. Las relaciones cada vez son menos interpersonales, el conocer a una persona cara a cara ha perdido valor desde el surgimiento de las redes sociales, en donde no se necesita más que un teclado y el botón de “enviar” para establecer una conversación; ya no es necesario ver a los ojos a la persona con la que se habla y observar sus expresiones o lenguaje corporal para establecer una comunicación y relacionarse. Al introducirme en la visita virtual de San Ildefonso me pasó algo similar a lo que siento cuando estoy “chateando” con alguna amiga a través de alguna red social. Conocí los murales de Orozco, de Rivera, de Siqueiros, entre otros; me percaté de que el mural de *Cortés y la Malinche* de Orozco se encuentra en el techo de la escalera que da al primer piso y pude así admirar los colores y la representación indígena y criolla de Adán y Eva en el mural de *La creación* de Diego Rivera. Entendí entonces el sentido crítico de los murales de Orozco y observé la manera en que un extranjero como Jean Charlot plasmó su visión acerca de la conquista de México Tenochtitlan en su mural

Masacre en el Templo Mayor. Sin embargo, así como me pasa cuando una amiga me platica a través de Internet que terminó con su novio, no me transmitió ninguna emoción especial.

A la semana siguiente, decidí ir al Colegio de San Ildefonso para apreciar los murales tal y como son, en vivo y a todo color. Mi experiencia estética comenzó desde que llegué al Centro Histórico -no voy muy seguido a esa parte de la ciudad así es que cada vez que paseo por ahí es una nueva experiencia-; caminar por las calles y observar los edificios del siglo XVIII, contemporáneos todos al Colegio de San Ildefonso, hizo que me diera una idea de cómo debió haber sido la vida estudiantil y cotidiana en la época en que la Escuela Nacional Preparatoria todavía residía ahí y el momento en el que los murales fueron pintados. Al llegar al Colegio, me percaté de que había un silencio similar a cuando se entra a una iglesia; solemne y en gran contraste con el bullicio de la calle de afuera, pensé que, en efecto, era un lugar ideal para mantener la concentración durante una clase. Caminé por los amplios corredores del edificio y atravesé el patio principal. Llegué al primer muro con una serie de obras de Orozco enmarcadas por los arcos y pilares de la arquitectura del Colegio. Inmediatamente me sentí pequeña al estar frente a un muro de esas dimensiones. Continué mi visita y llegué a la primera escalera, en donde había murales pintados en el techo, que pude observar mejor sentada en la escalera para no sufrir tanto el dolor de cuello al doblarlo noventa grados hacia atrás. Estuve un largo rato observando aquél mural de Cortés tomando de la mano a la Malinche y bajo los pies de éste un niño indígena tirado en el piso; noté que la sombra del arco frente a la escalera daba justo sobre el niño tirado y esto le daba más profundidad y una tonalidad más lúgubre con un toque de melancolía. La observación de la pintura me provocó una serie de sentimientos encontrados al admirar lo sublime del mural, tanto por la perfección del trazo a pesar de haber sido hecho sobre una superficie abovedada y de difícil acceso, como por lo que representa: el nacimiento de nuestra raza marcada por la opresión, es decir, por la tragedia, por lo trágico, que es la mejor

expresión de la condición del hombre, que lo enseña a conocerse en el despliegue de pasiones, caracterizado por la imposibilidad de salir de una situación funesta, es un conflicto sin solución. La situación es desdichada, cerrada y con un desenlace que resulta despreciable. Continué con mi recorrido ya algo cansada, pues el edificio es realmente grande, y llegué a otra serie de murales realizados por Orozco en donde me quedé observando uno de ellos: *Los aristócratas*, obra en la que una serie de personas con atuendos pretendidamente elegantes y caras grotescas van caminando altaneramente sin mirar al suelo, en donde se encuentra una limosnera con su hijo que, al no ser vista, es pisada por una de ellas; dando como resultado una escena realmente fea. Pensé que era una representación convincente de la realidad social de hace casi cien años y que aún prevalece en nuestros días, lo cual me causó la misma indignación que seguramente provocó que Orozco llevara a la pintura su deseo de eternizar esa realidad inadmisible.

Después de reflexionar profundamente, pude percatarme de que ninguna de estas sensaciones había estado presente durante mi visita virtual. Al analizar qué es lo que me había hecho falta, me di cuenta de que al estar sentada frente a mi computadora no había sentido el cansancio de subir escaleras, ni el frío del suelo en las piernas al sentarme para admirar los murales en el techo; tampoco había escuchado el eco de mi voz por los corredores ni había sentido mi pequeñez al estar frente a un muro varios metros más alto que yo. Es decir, no había puesto todos mis sentidos en la apreciación de aquellas pinturas. Esto lo confirmo con las palabras de Friederich Kainz “lo específico y peculiar de la estética reside en que, al adoptarla, nos entregamos por entero a la contemplación o a las percepciones del oído, sintiendo con ello como un estado de beatitud sin ir más allá ni buscar nada más allá de esta pura impresión. Sin que, al decir esto queramos referirnos tan sólo, naturalmente, al lado externo de la percepción sensible, sino al acto de la captación y asimilación espiritual, considerado en su conjunto”⁴

⁴ Kainz, Friederich. *Estética*. Fondo de Cultura Económica, México, 1952, pp. 56-59.

Conclusiones

A partir de este trabajo, tuve la oportunidad de tener un mayor acercamiento con el mundo del muralismo y, junto con este, al México post-revolucionario visto desde una perspectiva artística, en donde se observa un gran avance y evolución en lo que a técnica se refiere, así como una forma de entender el sentimiento nacional a través de lo que grandes artistas plasmaron en sus obras. Por otra parte, la realización de este ensayo, me acercó de una manera mas directa al quehacer del crítico de arte. Pienso que la visita virtual produce un conocimiento intelectual⁵ pero no constituye una experiencia estética, caracterizada también por la conjunción de elementos sensibles y emocionales. No obstante esto, los medios digitales hacen posible la divulgación de las creaciones del hombre, así como de la cultura y la historia de un país y de su entorno social, ya que no para todos es accesible el conocimiento en vivo de aquello que se encuentra distante y por esto mismo fuera del alcance de la mayor parte de la población del mundo. En otro sentido, también permite a la crítica un conocimiento detallado de las obras, dado que puede acceder a ellas esté donde esté el crítico físicamente y, de esta manera, asegurar un análisis concienzudo de su objeto de estudio gracias a la información dada por el video. En mi caso, sintetizo y defino el momento vivido en San Ildefonso ante la belleza de la obra integrada al edificio como una experiencia sublime, con las palabras de K. Kostlin “nos sentimos incitados a adoptar una actitud estética, cuando el objeto nos atrae y fascina de tal modo por su forma, que nos entregamos con deleite a su contemplación, sin apartar la mirada de él”⁶

⁵ En palabras de Friederich Kainz “Al punto de vista intelectual, que, plenamente desarrollado y en toda su pureza, es siempre un punto de vista teórico, no le interesa nada el objeto, ya que éste no tiene, para él, ningún contenido real de vida, ningún valor real”. Sánchez Vázquez, Adolfo. *Antología de textos de estética y teoría del arte*. UNAM 1997.

⁶ Kainz, Friederich. *Estética*. Fondo de Cultura Económica, México, 1952, pp. 72-75.